

PREÁMBULO

Dilo cómo ocurrió

JOSÉ LUIS GALLARDO

En los últimos años el Seminario Millares Carlo de Filología se ha fusionado con el de Historia, que funcionaba igualmente en el Centro de la UNED de Las Palmas. Ahora se denomina «Seminario de Humanidades Millares Carlo», y no ha faltado quien se queje de que la filología ha quedado relegada o supeditada a la historia. Esto depende del punto de vista de cada cual y de la fe e ilusión que se ponga en la propia disciplina. En cualquier caso, al que suscribe le ha supuesto un enriquecimiento en todos los sentidos y el disfrute y la práctica de nuevos compañeros. Así he tenido el honor y la satisfacción de tratar en profundidad al insigne historiador y maestro de historiadores, el profesor Antonio de Bèthencourt Massieu, y a los historiadores Manuel Ramírez Muñoz, Encarna Galván González, Isabel García Santana. Otro licenciado en Historia por la UNED, que al igual que los anteriores han realizado o están realizando sus tesis doctorales en el Seminario, José Antonio Moreiro González, hasta hace poco director de este Centro y en la actualidad catedrático de Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid, también ha contribuido en mucho a ensanchar mis afectos y compensarme de los sinsabores.

Pero mis contactos con la historia, como ciencia e incluso como mitología o como simple «narración de historias», datan de mucho antes. En realidad, uno, si es consecuente, trata siempre de instalar y fundamentar sus incipientes conocimientos, su siempre modesto saber, en el amplio pero movedizo edificio de la historia. Y en primerísimo lugar, la filosofía. Como en tiempos de Voltaire en que «filósofo» quería decir beligerante, durante toda mi vida he estado luchando contra mis propios molinos de viento, y no sólo en las biblio-

tecas, imaginarias o reales. Mas, ¿qué voz se ha de oír en la historia? Como en la disyuntiva que plantea Marcel Detienne, ¿la voz visionaria del Aristóteles que nos habla convencido de que han existido incontables civilizaciones, de que, en la larga noche de los tiempos, unos comienzos se han olvidado de otros, de que todo ha sido realizado infinidad de veces, como un eterno retorno, y de que de tantos caminos borrados sólo subsisten vestigios, máximas, proverbios, inscripciones, recuerdos de antiguas sabidurías? ¿O la del teórico de la «Poética», quien reservaba el nombre de «mito» para la intriga bien trabada, el Aristóteles que alardeaba de que cuanto más solitario se volvía, más amaba las historias, los mitos? ¡Qué hermoso tema —exclama Detienne— para una noche de conversación entre Fontenelle, el académico perpetuo en bata de andar por casa, y Aristóteles, al fin y al cabo un niño viejo que se abandona confiado a la cháchara!

No obstante, no es nuestro objetivo de hoy el adentrarnos en las profundidades de la historia en general, donde no existen paraísos reservados para la memoria y el olvido. Aquí estamos simplemente ante la puesta en letra de imprenta de las conferencias y ponencias de las I Jornadas de Historia Local Canaria (1996). Es decir, de historia regional, de las instituciones e incluso de las «mentalidades» (como así gusta llamarla la escuela de don Antonio de Bèthencourt). Una ojeada al sumario de estas Jornadas, nos muestra la preponderancia de temas que hacen referencia a la ciudad, en este caso Las Palmas de Gran Canaria, en detrimento de otros. La ciudad —su concepto— que hemos heredado, se remonta a las postrimerías de la Grecia clásica, cuando se empieza a interrogar el sistema sacrificial griego en su dimensión más «política». En el punto límite, continúa diciéndonos Detienne, en el último extremo del proceso de reparto y de distribución de los espacios, los servicios, las funciones y los bienes, cuando, en el movimiento de las regularidades distributivas y para evitar la repetición usurera que empieza a manifestarse, hace su aparición por primera vez algo que excede el mero reparto, pero en la dirección de su horizonte político, en la exacta prolongación de la idea de lo comunitario, de lo que pertenece a todos, del «koinon».

En las preferencias de estos primeros periodistas por la problemática de nuestras grandes urbes, ¿cuál es el trabajo simbólico mediante el cual la ciudad, al escapar a la fascinación, a la que hace referencia igualmente nuestro mentor, de lo semejante al infinito, se prepara, no obstante, un espacio de libertad donde pensarse a sí misma? Los griegos lo concretaron y agruparon, como lugar de privilegio de la autonomía de lo político, alrededor de lo que denominaron «Hestia». En tanto nombre común, «Hestia» es el fuego, fuego del hogar y fuego del altar. También es construcción, trabajo de arquitecto. Pero para que ambos se conviertan en el Fuego Común, «Hestia Koiné», hace falta que hacia ellos converjan, acrecentados, los valores del centro equidistante y del punto focal de la distribución. En la ciudad de hoy, en cuanto mira al futuro, el historiador desprejuiciado, tanto si se inclina por la «historia re-

cordada», «rescatada» o «inventada», de que habla Bernard Lewis, como si no, debería recoger de Hestia, ya diosa instalada en el Olimpo, la virginidad plena e inalterable, la unicidad de sí misma, que la distancia del deseo bastardo de sus múltiples pretendientes.

El propio Lewis cita una sentencia popular americana que reza: «Dilo cómo ocurrió» y que se hace eco de forma inconsciente, del célebre precepto de Leopold von Ranke, que hace hincapié «en escribir la historia como realmente fue». El participante en estas Jornadas de Historia Local Canaria, que este año tendrán su segunda edición, debida igualmente a los entusiastas miembros del Seminario, podría tomar también en cuenta a esa Hestia abstracta, que ya en los «Himnos homéricos» —seguimos en parte con Detienne— es la idea, la forma pura de lo que encierra en sí mismo el fin y el comienzo de la Historia, y que conoce la ubicuidad a través de un centro fijo y ordenador del espacio entero en torno a ella.